
EXTRACTO DE AHORA, ESCRIBO, SEGUNDO LIBRO

~ LOLITA BOSCH

1
En estos días aprendo, de nuevo, a caminar. Aunque tengo la sensación de que mi pierna de guayaba y mantequilla no será capaz de sujetarme.

Que en cualquier momento puedo, sin que nadie se dé cuenta, derretirme. Desaparecer.

Que hay algo esencial que desconozco y que esto me hace escribir, con convicción, que olvido:
o ele uve i de o.

2
La frase está puntuada de otra manera, pero es ésta: “Volveré a encontrar el camino exacto que me lleve hasta los demás. Volveré a reconocer este mundo en este mundo. Y entonces tal vez, entonces incluso, entonces literariamente, seré capaz de contarme qué ha sucedido. Ahora no. Ahora la escritura no ha logrado evitar ni construir nada. Porque ahora la escritura es la muerte”.

Así termina, casi, *Japón escrito*: un texto del que hice una autoedición en agosto de 2008. Un libro que escribí, formateé y para el que elegí la tipografía, el gramaje, el color del papel y el diseño de la portada tras unos días de verano delirantes y tristísimos en la Ciudad de México.

Un libro cuyo título era la conclusión, inevitable, a la escritura de otro libro que había terminado hacía apenas unos meses¹ y con el que me había adentrado en un bosque de un solo árbol: yo.

Y luego *Japón escrito*: en su primera edición: cuadrado, finalmente rojo, medida: 21 x 21. Un poco más grande que un cd.

Después pasaron muchas otras cosas que hasta hace poco no había tratado de poner en orden y que en aquel momento me pareció que utilizaban el mismo filtro exacto de intensidad rabiosa para agredirme, para afectarme, para entrar.

Para derrotar mi mínima capacidad de combate con una brutalidad silenciosa, punzante.

Precisa.

Sucesos, no obstante, en los que apenas pensé de nuevo.

Y ahora, tras casi un año de No Escritura, en un periodo roto únicamente por la flecha que fue *Japón escrito*, trato de ordenar el tiempo. De haber llegado hasta aquí desde algún sitio. Y me siento delante del único ordenador que ha sobrevivido a la debacle, mi debacle: este silencio que hoy, si lo escribo, me parece forzado.

Estoy frente a un Toshiba de 2001 sin internet, cuyo teclado emite un sonido que me recuerda al pasado comunista del este de Europa, a una máquina de escribir Olivetti contrachapada en plateado, a las piedras.

1 *La familia de mi padre* (Empúries / Literatura Mondadori, 2008.)

Porque en estos últimos meses, a pesar de mi absoluta necesidad de equilibrio, sujeta con frágiles palillos de madera clavados con torpeza de las rígidas e inestables cuerdas de los funambulistas sobre las que todo esto sucede, se me han estropeado dos ordenadores. Primero se me volcó una taza de café recién hecho sobre el teclado del viejo armatoste que usaba para viajar y luego le entraron siete gusanos informáticos al ordenador con el que trabajo normalmente.

Siete. Número Cábala.

De modo que mi escritura informatizada se ha reducido a este Ordenador Huracán cuyo sonido ahora mitiga la repetición programada de una canción que suena una y otra vez en la cadena musical. Aunque creo que sólo me mece su voz y que sería incapaz de recitar la letra. No puedo recordar de qué habla.

Y ni siquiera lo intento.

Así comienza este texto.

Así y con este recuerdo: me lo advirtió un astrólogo.

Y sin embargo: nada. Nada de lo que está escrito hasta aquí explica por qué pretendo reanudar la escritura ahora. Porque lo cierto es que de un tiempo a esta parte apenas lo intento. Y que si hoy pienso en escribir no logro detener mi curiosidad encima de ningún sitio.

Es domingo.

He pasado la mañana más o menos en cama leyendo a dos jóvenes autores aragoneses (Eva Puyó, Daniel Gascón), he salido a pasear con mi perro por el bosque que tenemos detrás de casa y luego me he preparado un té. Entonces me he sentado frente a un ordenador Toshiba de 2001 que no tiene Internet y mientras arrancaba su lentísimo procesador con sonido de huracán he pensado que en estos días algunas personas me han dicho con desconcertante frecuencia lo que debería de hacer.

Qué sigue.

Tras la publicación de *La familia de mi padre* (Mondadori, 2008), tras estos Meses Silencio atravesados tan sólo por la flecha que ha sido *Japón escrito* (originalmente: libro rojo, 21 x 21, autoedición, 2008), me han dicho: 1. que escriba la segunda parte de la novela, 2. que deje de escribir durante un tiempo, 3. que escriba con urgencia una novela falsa, 4. que haga poesía, 5. que hable de mí misma en prosa poética sin intención de crear sentido, 6. que publique *Japón escrito*, 7. que me sienta libre, 8. que no haga caso de ninguna presión externa, 9. que me dedique durante un tiempo a la literatura infantil, 10. que no atienda a nada, que no escuche, 11. que piense que últimamente he publicado demasiado y que no es buena tanta proyección pública, 12. que piense en mi carrera literaria como si fuera una estrategia.

Así dicen: libre, proyección pública, carrera literaria, estrategia.

Y dicen también que piense en lo que he hecho hasta este momento. Que coja aire. Que preste atención a los demás. Que aprenda.

Y yo trato de escucharlo todo a la vez y de pedir consejo a la gente que me transmite la sensación reconfortante de quererme siempre.² Todo el rato. Y luego trato también de entender por qué los demás puedan estar viendo en mí algo que yo no puedo ver. Algo que en mí: no está. Y pienso que quizá tengan la sospecha que está sucediendo algo que yo no sé qué es: algo malo, algo bueno.

Malo, bueno.

Aunque lo cierto es que no logro detener el pensamiento en ningún sitio.

Y que a pesar de que trate de concentrarme, sólo se me ocurre, suceda lo que suceda, que yo mastico siempre por el mismo lado y que estoy harta de asustar a los demás.

Es todo.

No tengo absolutamente ninguna sensación de haber escrito ningún texto literario ni de ser capaz de hacerlo de nuevo. Y ni siquiera tengo la sensación de ser capaz de contar esto que estoy escribiendo. Pero en verdad no me preocupa demasiado. Y aunque piense que es importante, aunque lo intente: no

² Emiliano, Fernanda, Pablo, Diego, el otro Diego, Eduardo, Edson, Carme, Lydie, Pere, Josep, Narcís, Marcela, Gerardo, Mario, Sameer, David, Eugènia, Claudio, María, Alejandra, Miguel, Héctor...



logro conseguir que pese, que la nostalgia trace ningún camino de vuelta, que tenga un sentido. Porque ahora la escritura es un eco que está lejos. Torpemente enterrado.

Casi afuera de este sitio.

En apariencia: absolutamente ajeno.

Y lo cierto es que sólo he logrado percatarme de que las cosas efectivamente son cosas así por anécdotas como ésta:

Algunos jueves por la tarde coordino un grupo de pensamiento y creación de novela en una librería de Barcelona. Y cuando estoy con los alumnos me escucho hablar de las construcciones narrativas como si me las estuviera explicando a mí misma. Como si las tejiera con una lentitud falsa. Intencionalmente falsa. Como si tan sólo fuera capaz de saber lo que estoy diciendo tras el momento exacto de haberlo dicho.

Como si todo lo que pudiera razonar fuera producto de un conocimiento efímero, inmediato. Inaprensible.

Soy incapaz de retenerlo.

Y tengo la impresión de que lo que he aprendido y me ha guiado hasta el día exacto que es hoy, que es domingo, lo he guardado sin darme cuenta en algún lugar a oscuras, en silencio.

Lugar Ignoto.

Y que ahora no puedo aprender nada. Que la escritura no es aprendizaje, sino tiempo convulso. Y que sólo consigo guardar lo que escucho en ese lugar oscuro, ignoto, que más que cualquier otra cosa se parece a una bolsa. Tal vez para nada. Tal vez para ir a buscarlo después, entenderlo, apoderarme de todo lo que he sido escrita, consciente e inconscientemente. Salvarme.

Decir: me llamo Lolita y sé quién soy.

Puedo contarlo.

Aunque de nuevo, con certeza, este proceso tan absorto y tan lento no logra preocuparme demasiado. No, al menos, que yo me dé cuenta. Y a pesar de que trato de atarla, la escritura sigue siendo, tan sólo, un eco que está lejos, torpemente enterrado, casi afuera de este sitio —en apariencia: absolutamente ajeno.

Porque en estas últimas semanas no pienso en hacer una novela, no me preocupa este páramo difuminado que hoy reconozco en el camino que me ha traído hasta aquí. No pienso en niebla.

En el momento inmediatamente posterior a la escritura sí: hubo un tiempo desesperado tras *La familia de mi padre*, tras *Japón escrito*. Otro tiempo desesperado en el que busqué con inocencia el pulso espontáneo en todos los textos que tenía empezados en el único ordenador que ha sobrevivido a la debacle. Mi debacle. Y luego nada. Luego, hoydomingo, me siento a escuchar una y otra vez la misma canción, pienso en ir a un café internet a ver mis correos aunque sé que no lo haré porque me da pereza salir de casa y trato de recordar todo lo que los demás me han dicho que debería de hacer.

Doce cosas.

(Libre, proyección pública, carrera literaria, estrategia.)

Mientras pienso que tal vez, efectivamente, alguien sepa algo de mí que yo no sé.

Malo, bueno.

Que no entiendo cómo puede haber sucedido, pero que quizás debería sentirme angustiada, escribir lo que me sugieren que haga para no olvidarlo, pensarlo luego: cuando sea capaz de volver a detener el pensamiento en algún sitio quieto. Porque ahora, hoydomingo, no logro detenerme en nada. Ni siquiera por cortesía, por amor, curiosidad o confianza. Y sólo consigo pensar que ocurra lo que ocurra yo mastico siempre por el mismo lado.

Y que estoy harta de asustar a los demás.

Que me intranquiliza que vean el momento exacto en el que me froto la frente con el reverso de la mano izquierda porque eso me provoca la sensación de que saben, que sufren, que pierdo lucidez de una manera muy lenta. Como si goteara. Y que frente a eso la escritura es en verdad una pretensión indomable, insufriblemente cursi, absurda. Fútil.

Y que decirlo, con toda seguridad, también debe serlo.

Aunque sea cierto, y lo es, que me parece impertinente pensar en sentarme a escribir como si esto fuera lo único que estuviera ocurriendo. A pesar de que recuerde y extrañe la naturalidad, la inercia, el ritmo, la impudicia.

Lo recuerdo. Lo extraño.

Y si ahora pudiera— Si todo lo que escribo no me sonara en estos días a una falsedad construida, hueca, pretenciosa— Si pudiera contar algo que no me haga pensar en cualquier objeto inútil, tramposo— elegiría decir, por encima de cualquier otra cosa, que hace algunos meses murió mi amigo Luís en la Ciudad de México. Y que mi amigo Luís había tratado de enseñarme a tocar el piano.

Diría que no sé cómo se cuentan las cosas que suceden cuando suceden cosas así.

Pausa.

Y diría también que en una ocasión yo le conté a mi amigo Luís que necesitaba entender otra forma de escritura, de silencio, de compás. Y que él se ofreció generosamente a ayudarme. Que mi amigo Luís fue un hombre cortés.

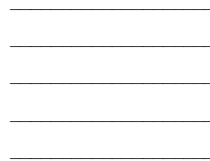
Y que hoy ha muerto.

De nuevo pausa: un suspiro mío, ¿uno de usted?

3

Luís y yo nos reuníamos los martes a primera hora de la tarde en el Orfeó Català de Mèxic, donde yo enseñaba catalán a los descendientes del exilio y él dirigía el coro. Y donde además, antes de comenzar a trabajar, Luís me enseñaba a escribir en una libreta rosa de pentagramas que yo había comprado muchos años atrás durante un viaje familiar a la ciudad de Praga.

(Kafka.)



A mí escribir música me parecía, en aquellos días, dibujar.

Porque con la ayuda de Luís aprendí a preocuparme más por la caligrafía que por el significado de lo que estaba escribiendo. Reproducía una y otra vez la clave de sol y la clave de fa fijándome en mi trazo rudo e inseguro, como si la tímida fuerza del lápiz contra el papel fuera en realidad el susurro de algo mucho más íntimo.

Hasta que llegó el día en el que me di cuenta de que más o menos podía leer lo que estaba aprendiendo a escribir y que no comprendía nada.

Que la escritura producía, únicamente, vacío.

Entonces fui a una librería del sur de la Ciudad de México. Un lugar con grandes cristaleras que dan a la entrada de la universidad nacional, enmarcada con madera maciza, verdadera, real, casi roja: de una hermosura solemne. Y ahí compré un libro con una portada espantosa que llevaba por título *Estructura y sonido*. Un volumen con teoría y ejercicios prácticos que venía acompañado por un cd en el que una mujer imitaba los sonidos de dos docenas de animales. Que recuerde, ahora: un cerdo, tres tipos de pájaro, un perro, una oveja, un elefante, un león y dos gatos.

Siguiendo con disciplina los ejercicios del libro que había comprado en aquella librería con vistas a la entrada de la universidad, quise apoderarme de la estructura invisible de la música. De la escritura. Y cuando lo acabé pasé a textos más difíciles que hablaban sobre el intervalo musical, el eco que dejan pendiente encima de todos nosotros las notas, la repetición, la perseverancia, la historia. Había terminado los ejercicios de *Estructura y sonido* e incluso había aprendido a hacer el ruido del cerdo, los tres tipos de

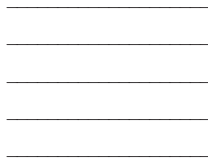
pájaro, el perro, la oveja, el elefante, el león, los dos gatos y el resto de animales que no recuerdo y que imitaba una mujer a la que nunca conseguí imaginar.

Pero a pesar de mi empeño, no recuerdo haber descubierto casi nada que fuera capaz de pensar. Y no obstante guardé aquel libro comprado con vistas a la universidad nacional como si contuviera algo que, si bien yo no lograba entender, era absolutamente cierto.

Última pausa.

Fue entonces cuando fui a ver a Luís para pedirle que en lugar de reunirnos sólo los martes después del almuerzo, nos encontráramos dos veces por semana. Y de inmediato comencé a dedicar mis tardes, con cierta obsesión, no sólo a escuchar, sino sobre todo a aprender a leer lo que yo misma había escrito en los pentagramas de la libreta checoslovaca que había comprado en el transcurso de un viaje familiar a Praga.

(Kafka.)



En aquellos días hablé frecuentemente con mi novio M de mi intención de aprender a tocar el piano. Y él, con una confianza que me desconcertó, me regaló un teclado electrónico que nos mantuvo unidos en una complicidad perfecta durante unos días y que tiempo después se convirtió en el símbolo de una confianza que nos costó romper. Pero el regalo de M, además, me forzó a no desistir en mi curiosidad. Y desde entonces, mientras él hacía cualquier otra cosa, yo ensayaba en casa con auriculares, esforzándome con verdadera tenacidad por entender la escritura desde el inicio. Observando cómo avanzaba el trazo de la música en una pequeña pantalla situada en el extremo izquierdo del teclado electrónico. Como si gracias a la música, al fin, tuviera la oportunidad de repasar algo que tiempo atrás había aprendido sin conciencia.

Sin recuerdo.

Como si fuera capaz de observarme a mí misma enfrentándome al inicio de la escritura, al secreto de todo. Como si pudiera pensarlo a cámara lenta y mi tiempo pudiese avanzar como avanza en los textos literarios.

A una velocidad mínima e imposible de Rueda de Carromato.

Sin linealidad. Centrípeto.

Un Tiempo Todo A La Vez.

Como si yo, árbol, fuera capaz de aprender a decirlo todo, bosque.

Hasta que llegó un día en que me di cuenta de que había aprendido a escribir y a leer las notas que pocas semanas atrás me habían parecido dibujos —primero en mi libreta checoslovaca y luego en la pantalla del teclado electrónico que me había regalado M. Y de inmediato, sin que ni siquiera me pareciera importante, comencé a faltar a las dos sesiones semanales que había pactado con mi amigo Luís.

Entonces una noche, después de cenar, M me preguntó: ¿ya no vas a seguir estudiando piano? No sé, le contesté.

Y a la mañana siguiente llamé a Luís y quedé con él en una cafetería cercana al Orfeó Català de Mèxic. Porque quería contarle que en aquellos últimos tiempos había comenzado a comprender que lo que yo había pretendido no era aprender música, sino aprender a escribir. Que había estado buscando en lo que él me enseñaba algo que no puede ser entendido o que en todo caso debía buscar en mi propia escritura. Que todo había sido un estricto e infatigable trabajo literario.

A pesar del pudor radical que siento siempre que digo algo así: estricto, infatigable, literario.

(Un espacio en blanco.)

A pesar de mí.



(Otro espacio en blanco.)

Luís me animó, de nuevo con generosidad, a continuar mis investigaciones íntimas y absolutas. Pero además me dijo que si algún día quería volver a la música podía usar el piano del Orfeo Català de Mèxic siempre que el coro no estuviera ensayando.

Y es que yo nunca le había contado a Luís que M me había regalado un teclado electrónico. Siempre creí que le hubiese parecido excesivo, innecesario, contraproducente. Porque Luís tenía una sabiduría esencial para entender la lentitud de las cosas. Y gracias a esa capacidad insólita, y durante un tiempo, yo pude reseguirme a mí misma en seis letras: ele o ele i te a. Como si hubiera podido, también, observar cómo me enfrentaba al inicio de la escritura: el secreto de todo. Como si gracias a aquella experiencia musical hubiese sido capaz de pensarlo a cámara lenta —de pensarme a cámara lenta— y mi tiempo hubiera podido avanzar como avanza en los textos literarios.

Como si todo pudiera ser escrito: como si do re mi fa sol la si.

Pesado. Medido. Entendido. Dicho.

Como si veintidós grados, tres kilos, soledad, escritura, Pekín: Pe e ka i ene.

Lugar: ele u ge a erre.

Y hoy quisiera poder hacer lo mismo.

Empezar de nuevo a aprenderlo todo. Arroparme en aquella lentitud perfecta. Esperanzadora. Real.

(Ele o ele i te a.)

Y esta mañana lo he intentado así:

Esta mañana he leído en el periódico la crónica de un escritor que explicaba el interés que sintió durante un tiempo por los primeros recuerdos de los demás. Y tras contar el inicio de la memoria en otros escritores, el autor de la crónica hablaba de sí mismo. Recuerda, dice, antes que nada, dice, la muerte de su abuelo. Y junto al lecho de muerte a un señor rezando de quien su familia le explicó: es un hombre con mucha fe. Pero el autor de la crónica también recuerda que años después fue a escuchar una conferencia de Juan Carlos Onetti en Barcelona. Y que en aquella ocasión el novelista uruguayo dijo que los individuos deberían perder la fe en lo común y depositarla en lo subjetivo. Y que entonces el escritor entendió muchas cosas sobre la escritura.

Y yo hoy, que sigue siendo hoydomingo, de nuevo, quisiera poder hacer lo mismo. Aunque sepa que las palabras y sus significados no se pueden asir a la vez y que esto convierte el día de hoy en un día literariamente vacío, quisiera poder hacer lo mismo.

A pesar de que me digan que está bien este silencio, que necesito coger aire, hacer poesía, escribir un texto de literatura infantil, tratar de no volver a crear sentido, decir algo sobre mí misma, reventarme—

A pesar de la incapacidad para combatir, para entender, para recordar el significado de las palabras libre, proyección pública, carrera literaria, estrategia— A pesar de los hilos externos con los que tratamos de explicarnos los unos a los otros con voces lejanas en las que no nos reconocemos— A pesar de los recorridos ajenos— A pesar de que haya un camino que va desde la fe en lo común hasta la fe en lo subjetivo, hoy es un día literariamente vacío en el que yo sólo logro pensar, cuando trato de detenerme en algo, que ocurra lo que ocurra mástico siempre por el mismo lado.

Y que frente a esto, todo pesa muy poco.

Que lo que sucede es estrictamente algo físico. Y que a veces estoy harta.

4

Que la escritura no es un acto voluntario.

Y que tampoco es compulsión.

5

Si acaso es los nidos de las cigüeñas en los techos de los lavaderos.

Sus pasos abstractos. ∞